

**Treinta años de investigación de la
comunicación en México**

Raúl Fuentes Navarro

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)

**Conferencia inaugural del
XXI Encuentro Nacional de la AMIC
Puebla, Pue. Junio 15 de 2009**

Es un hecho innegable que en estos momentos, ante el enfrentamiento de proyectos antagónicos en materia de difusión masiva, el país necesita escuchar voces autorizadas que propongan soluciones viables. Voces que no se pierdan en revistas especializadas o en periódicos de reducido tiraje, sino que se difundan ampliamente para incidir en la ciudadanía y en los centros donde se toman las decisiones. Esas voces son las nuestras. Y son valiosas justamente porque nos dedicamos científicamente al análisis de estos problemas sin otras limitaciones que aquellas que provienen de nuestras distintas disciplinas o criterios de enfoque. La incidencia que podamos tener en la política comunicacional de nuestro país dependerá del grado de organización que podamos alcanzar. Y la eficacia de esta incidencia dependerá de la riqueza y viabilidad de nuestros planteamientos, cuestiones ambas que deberán ser producto de un intercambio de experiencias y puntos de vista, que a juicio de quienes convocamos a esta reunión, alcanzarán su mejor expresión en el seno de una asociación.¹

Con estas palabras, textualmente citadas, Fátima Fernández Christlieb formuló el proyecto original de la AMIC, el sentido de su fundación, en la Asamblea Constitutiva celebrada en la UAM Xochimilco el 24 de abril de 1979, una vez elegida como su primera presidenta por los otros 53 colegas firmantes del acta, protocolizada el 11 de octubre del mismo año, tres décadas atrás, en este mismo país.

¹ Fátima Fernández Christlieb, "Los investigadores de la comunicación en México", discurso en la Asamblea Constitutiva de la AMIC, 24 de abril de 1979, publicado en *Boletín* No. 1 (1979: 7).

Decidí comenzar con esta cita mi intervención de esta mañana, aun antes de saludar, para enfatizar mi propósito central: proponer algunos elementos a la reflexión colectiva sobre el futuro de la AMIC, sobre su proyecto académico y social, sobre sus condiciones presentes y los trayectos recorridos en treinta años, pero no especialmente sobre su pasado. Leo el discurso inaugural de la AMIC como una propuesta de futuro, formulado en el contexto de un presente que indudablemente es distinto del actual, pero cuyos referentes de sentido no necesariamente han perdido su vigencia. Asumo que cuestionar y reformular reflexiva y colectivamente el proyecto de futuro de la AMIC, en el contexto presente, no es tampoco una tarea puramente ceremonial, reservada a ciertos aniversarios o a determinadas personas. De diversas maneras, es un proceso permanente, al que me he sumado casi desde el principio. Desde ahí planteo esta propuesta, confiado en que en seguida escucharemos las versiones de otros distinguidos miembros de la AMIC, y sobre todo porque reconozco en todos los presentes al sujeto colectivo al que pertenecemos, del que somos parte, los invitados a hablar hoy.

Ahora puedo saludar, y agradecer la deferencia enorme de haberme invitado a pronunciar esta conferencia inaugural. Gracias a la comunidad sede de este vigésimo primer Encuentro, la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, y al Comité Ejecutivo de la AMIC, presidido por el colega Rodrigo Gómez, que tuvo la gentileza de adelantarme algunos meses esta invitación, por lo que he tenido más tiempo que el usual en estos casos para prepararme, incluyendo las semanas de inquieta reclusión doméstica y mediática

y las que tuvo que ser pospuesto el Encuentro por la “contingencia” sanitaria. Espero no defraudar la confianza de Rodrigo ni la paciencia de todos ustedes con el resultado.

Como suelo hacerlo, tratando de escapar del maniqueísmo, voy a presentar mi propuesta en tres partes. La primera tiene que ver con las tensiones constitutivas del proyecto de futuro de la AMIC, presentes hace treinta años y presentes hoy, identificadas, por supuesto, desde mi propia perspectiva. En la segunda parte trataré de contextualizar, y me atrevo a decir, de *historizar*, esas tensiones constitutivas, para proyectarlas en un horizonte de futuro. Finalmente, buscando mantenerme en ese marco, adelantaré un análisis muy concreto del producto publicado más reciente de la AMIC, el libro coordinado por Aimée Vega, *La Comunicación en México, una agenda de investigación*², sobre el que sin duda se seguirá hablando en este Encuentro, y más allá.

Las tensiones constitutivas del proyecto

Teóricamente, la productividad del trabajo académico se sostiene en un marco de diversas tensiones, como la que articula los aportes individuales con los colectivos. El saber académico no es una especie de suma o acumulación de logros individuales, sino una conversación múltiple, que avanza o retrocede según la densidad de los acuerdos y desacuerdos alcanzados en una red de debates, al mismo tiempo competitivos y cooperativos, entre las personas y las instituciones *legitimadas* para producir ese saber. Cuanto más

2

Aimée Vega Montiel (Coord.), *La Comunicación en México. Una agenda de investigación*. México: UNAM/ Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Ciencias y Humanidades/ Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales/ Universidad Juárez Autónoma de Tabasco/ Universidad Autónoma de Baja California/ Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, 2009.

legítimo sea un campo académico, más fuerte será la tensión entre lo individual y lo colectivo, y mayor la exigencia impuesta a la actuación en ambos planos.

Afirmo que este modelo ayuda a entender el trabajo académico, y no sólo el científico en sentido estricto, lo que para el caso de los estudios sobre comunicación resultaría demasiado restringido. Es decir, este modelo no sólo permite identificar los factores que determinan las prácticas de la investigación básica, sino también los que lo hacen sobre las prácticas de formación profesional y sobre las acciones de vinculación entre agentes universitarios y no universitarios, dimensiones igualmente importantes de la acción académica. Al mismo tiempo, afirmo que la legitimación de los saberes académicos depende sobre todo de otra tensión básica, la que se da entre la legitimidad que se obtiene en las propias instancias académicas y la que la sociedad, mediante instancias a su vez legitimadas para hacerlo, otorga a la producción académica como un todo genérico y a cada uno de sus campos especializados. La legitimidad, así entendida, no puede auto-asignarse: es consecuencia, tensa, de la interacción.

Simultáneamente, en el plano de la organización del trabajo académico, operan otras tensiones básicas: por una parte la que se establece entre las *disciplinas*, formaciones trans-institucionales y trans-nacionales de saberes especializados, y los *establecimientos* universitarios, cuyos departamentos, facultades, centros, escuelas, institutos, forman tramas trans-disciplinarias locales, en las que nos ubicamos los académicos. Sobra decir que ambas dimensiones institucionales influyen determinadamente en la formación y el desarrollo de los académicos como individuos, al

ser los referentes básicos de sus adscripciones, que son algo más que sus ubicaciones laborales, y de sus identidades profesionales, o *habitus*, si se quiere.

La última de las tensiones básicas que destaco, surge de ahí y se articula con las otras: la identidad profesional de los académicos impone, muy frecuentemente, un rasgo muy acendrado de inconformismo con el “estado actual” de los saberes y de los referentes objetivos de esos saberes, que impulsan a trabajar para transformarlos. A esa tendencia se opone el orden institucional: los académicos no somos autónomos y tanto las disciplinas trans-institucionales, como los establecimientos trans-disciplinarios, deben imponernos límites para preservar su propia institucionalidad. Pero por los mismos motivos, deben otorgarnos el suficiente grado de libertad. Esta tensión tiene su manifestación más productiva en la *colegialidad*, en las instancias de regulación entre pares que son características del mundo académico.

Andrew Abbott³, Pierre Bourdieu⁴ o Burton Clark⁵, sociólogos en cuyas obras basó principalmente mi modelo de tensiones en el campo académico, no pensaron nunca, al menos explícitamente, en términos de comunicación. Pero yo, que trato de hacerlo, encuentro buenas razones para intentar explicarme, no sólo en el campo académico de la comunicación como cualquier otro campo académico o social, sino también en éste y otros campos con una dimensión comunicativa que puede ser constitutiva y no sólo instrumental. Si ese supuesto resultara plausible, no tendríamos

3 Andrew Abbott: *The Chaos of Disciplines*. Chicago: The University of Chicago Press, 2001.

4 Pierre Bourdieu: *Homo Academicus*. California: Stanford University Press, 1988.

5 Burton R. Clark: *El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica*. México: Nueva Imagen/ Universidad Futura/UAM-Azacapatzaco, 1992.

tanta dificultad en reconocernos como sujetos dedicados a la *producción social de sentido sobre la producción social de sentido* o, en términos más simples, a comunicar sobre la comunicación, por lo cual podríamos llamarnos “meta-comunicadores” mejor que “comunicólogos”. Pero dejemos esa línea de argumentación para otro debate, y volvamos a centrarnos en las tensiones constitutivas del proyecto de la AMIC y su futuro.

Encuentro plenamente vigente, quizá ahora más que hace treinta años, la necesidad de *asociarnos* los investigadores de la comunicación en México para reforzar, desde instancias sociales *colegiadas*, las articulaciones que permitan incrementar la incidencia de los saberes especializados que producimos sobre los referentes sociales correspondientes, en el más alto grado de legitimidad, académica y social, que seamos capaces de conseguir. Para ello, es obvio que no bastan las declaraciones o la suma de voluntades, así como que no hay una vía estratégica única. Para ello hay que trabajar desde nuestras adscripciones y reconocernos como interlocutores válidos entre nosotros mismos, y a través de las tensiones que nos sostienen aquí, constituirnos como agentes legítimos entre los demás agentes sociales de la “comunicación”, en el espacio público.

Cuando se revisa, desde esta óptica, la *Declaración de Principios* de la AMIC, inscrita en el acta constitutiva de 1979, queda muy clara esta intención, este proyecto. Dejo de lado las especificaciones más puntuales de este texto, donde predominan las referencias maniqueas a “la coyuntura” y la retórica ideológica propia de aquellos tiempos, como la ubicación de México en el “Tercer Mundo”, y retomo la definición del primer párrafo, que dice:

La Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación AC (AMIC) es una asociación civil que agrupa a los investigadores de la comunicación social, cualquiera que sea su particular ubicación dentro del espectro profesional y teórico-metodológico. Será fundamentalmente un organismo gremial y, a la vez, el ámbito de intercambio de ideas y experiencias, de discusión y programación científica, de examen y análisis de políticas de comunicación, de crítica y de formulación de iniciativas en todo lo referente al campo de la comunicación en el país; se examinarán estrategias y programas concretos y se podrán sugerir, inclusive, los que a nuestro juicio sean los mejores con el objeto de alcanzar verdadera autonomía nacional con respecto al estado de dependencia cultural-comunicativa que vive la nación⁶.

Pero en esa propuesta de futuro, que insisto en interpretar como vigente hoy en día, parece implicarse la existencia suficientemente consolidada de un saber académico sobre la comunicación, encarnado en individuos dispersos “dentro del espectro profesional y teórico-metodológico”, que podrían o deberían constituir un “organismo gremial”, es decir, una agrupación de personas que ejercen la misma profesión u oficio. Muy pronto se hicieron evidentes, en múltiples episodios pasados de nuestra historia que no quisiera ahora revivir, las desproporciones entre los vectores de las tensiones básicas imperantes: en 1979 no se había consolidado, ni remotamente, un acuerdo mínimo sobre lo que constituiría el núcleo disciplinario del estudio de la comunicación; los soportes institucionales de la adscripción de los investigadores eran extremadamente precarios; muy pocos, entre los 54 fundadores de la AMIC, eran entonces autores de productos publicados de investigación con un mínimo de reconocimiento, aunque la mayoría lo sería en los años posteriores⁷.

⁶ AMIC: *Declaración de Principios*. en *Boletín* No.1, (1979: 8).

⁷ La nómina de los fundadores de la AMIC incluye a 22 académicos adscritos a diversas dependencias de la UNAM (Mariclaire Acosta, Blanca Aguilar, Víctor M. Bernal Sahagún, Armando Cassigoli, Ana Cristina Covarrubias, Ma. Teresa Escudero, Fátima Fernández, Emilio García Riera, Napoleón Glockner, Alicia Gordon, Hugo Gutiérrez Vega, Irene Hermer, Lillíán Libermann, José Medina Pichardo, Silvia Molina y Vedia, Hugo Murialdo, Joaquín Núñez, Máximo Simpson, Guillermo Tenorio, Florence Toussaint, Raúl Trejo y Carlos Villagrán); 12 docentes de la UAM Xochimilco (Raúl Cremoux, Carlos Durand, Javier Esteinou, Raymundo Mier, Guillermo Michel, Raúl Navarro, Ana María Nethol, Mabel Piccini, Gustavo Rojas,

La legitimidad social, en suma, de los saberes académicos sobre la comunicación era prácticamente nula, aunque algunos individuos e instituciones contaran con cierto prestigio y reconocimiento públicos. La oposición científico-académica ante los agentes y procesos que imponían, desde décadas atrás, “sistemas nacionales de comunicación y de información” que responden “a las necesidades dominantes de una sociedad capitalista dependiente, y han dejado de lado los intereses y necesidades de la mayoría de la población”, para citar los términos propios de la *Declaración de Principios*, requería y requiere un nivel mínimo de fuerza, una especie de “masa crítica”, para fortalecer la tensión. Por eso era y es necesaria la asociación.

Aprecio mucho los constantes, lúcidos y comprometidos esfuerzos de algunos colegas, desde la AMIC y otros frentes, para mantener e incrementar las tensiones constitutivas del estudio académico de la comunicación y su incidencia social. Pero incluyo, además de quienes lo hacen primordialmente en el espacio público, a los que actúan preferentemente hacia el interior del propio campo, entre los que me cuento. Hace algunos años, en una entrevista privada que formaba parte de mi investigación para la tesis de doctorado, alguien que fue miembro destacado de este “gremio” preguntaba cómo esperábamos los investigadores mexicanos de la comunicación influir más allá de la academia si no éramos capaces de hacerlo ni en la propia academia, poblada por cada vez más de miles de estudiantes de comunicación que desconocen, en varios sentidos,

Beatriz Solís, Héctor Schmucler y Jorge Vértiz) y un investigador del Colegio de Posgraduados de Chapingo (Alberto Montoya), para sumar 35 personas provenientes de instituciones públicas de educación superior. Además, 4 profesores de la Universidad Iberoamericana (Rubén Jara, Serafina Llano, Fernando Morett y Abraham Nosnik); 1 de la Universidad Anáhuac (Josep Rota) y 1 del ITESO (Adriana Camarena) como universidades privadas. También, 5 investigadores de la Secretaría de Programación y Presupuesto (Luis Mariano Aceves, Leopoldo Gavito, Ma. Angélica Luna Parra, Isabel Maccinas y Rafael Regla Contreras), 1 de la Secretaría de Salud y Asistencia (José Miguel Arredondo) y 1 de la Secretaría de Educación Pública (Oscar Morales Huerta). Los restantes representaban a centros de investigación no-universitarios: el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET, Noreene Janus y Fernando Reyes Matta), la Fundación Friedrich Ebert (Pablo Arredondo), la Fundación Javier Barros Sierra (Guillermo Orozco), el Centro de Estudios Educativos (Ma. Antonieta Rebeil) y Televisa (Luis Antonio de Noriega).

nuestro trabajo. Falaz o no, ese cuestionamiento ha sido para mí, desde entonces, imposible de ignorar. Menciono en seguida algunos ingredientes que me parecen indispensables para contextualizarlo.

Historizar el proyecto de la AMIC

En términos socioestructurales amplios, no cabe duda de que la investigación académica de la comunicación sigue sujeta a esa “triple marginalidad” que formulamos hace ya veinte años Enrique Sánchez Ruiz y yo mismo⁸. Aunque hemos remontado claramente algo de nuestra marginalidad con respecto a las Ciencias Sociales, seguimos con éstas y las demás especialidades científicas, aun las más “duras” y prestigiadas, ocupando una posición marginal y desarticulada, poco legítima, entre las prioridades del desarrollo nacional. Hay, todavía, mucho que hacer para fortalecer las tensiones que, a pesar de todo, nos sostienen y nos permiten avanzar en el sentido en el que creemos. Pero no podemos prescindir del reconocimiento de una tensión más: la que articula nuestras *intenciones*, por más firmes y claras que fueran, con las *condiciones* en las que las formulamos y ponemos en práctica. Alguna vez usé ya también esta fórmula, precisamente en ocasión del décimo aniversario de la AMIC, cuando propuse

un esfuerzo por identificar y conjuntar los elementos que compartimos los investigadores mexicanos de la comunicación en cuanto tales, (...) porque solo a partir del conocimiento rigurosamente generado y críticamente compartido podrá aportarse a los fines sociales trazados desde hace diez años. Las condiciones son más propicias ahora que entonces; a partir de ellas pueden y quizá deben reformularse las intenciones que guiarán el trabajo de la AMIC en los años por venir⁹.

⁸ Raúl Fuentes Navarro y Enrique E. Sánchez Ruiz: *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO (*Cuadernos Huella* No. 17), 1989.

⁹ Raúl Fuentes Navarro: “Entre las intenciones y las condiciones: la difícil formación de una comunidad científica (AMIC 1979-1989)”.

Debo refrendar esa postura, dos décadas adicionales después, en todos sus términos, a riesgo de que se me considere atrapado en mi propio pasado. Pero si propongo hoy reconocer la vigencia del proyecto formulado hace treinta años, me siento obligado a mantener, por elemental consistencia, el razonamiento fundamental: el que sostiene que la contribución social de una comunidad académica no puede basarse sino en la producción de “conocimiento rigurosamente generado y críticamente compartido”. Desde ahí, sigo creyendo que las condiciones son cada vez más propicias, aunque también, que crece inconteniblemente la brecha entre nuestros avances y el reconocimiento efectivo de nuestra legitimidad como agentes sociales. Avanzamos, pero no estamos más cerca de la realización de nuestras intenciones más ambiciosas, en alguna medida porque seguimos adoleciendo del suficiente rigor en nuestro trabajo y de una cultura de debate crítico. Creo que lo que corresponde es sostener el proyecto, el sentido general de nuestra acción colegiada, pero que se sigue imponiendo una revisión de las condiciones y, sobre todo, de las estrategias asumidas para transformarlas en lo posible, para incrementar nuestra capacidad como agentes, y no sólo como actores del campo.

Hace ya también muchos años que, en búsqueda de los fundamentos más pertinentes y adecuados para analizar la estructuración del campo académico de la comunicación en México, decidí recurrir a un triple contexto (cognoscitivo, sociocultural e institucional), desde el cual interpretar sociológica y comunicacionalmente nuestra historia, en una propuesta heurística que se sintetiza en un párrafo:

Para desarrollar con fundamento el análisis de la *estructuración* del campo académico de la comunicación en México, es necesario partir del reconocimiento de que buena parte de los problemas básicos de la investigación en este campo –los que proceden del *estatuto disciplinario* del estudio de la comunicación– son “universales” y que, por lo tanto, fuera de ese contexto es imposible determinar las “particularidades” mexicanas. En el mismo sentido, la condición general de *dependencia estructural* impuesta históricamente a los países latinoamericanos –y a México en particular– constituye un segundo contexto indispensable para el análisis de la institucionalización del campo. Finalmente, se hace necesario ubicar este trabajo en el contexto de la *crisis institucional* del sistema mexicano de educación superior, en cuyo seno se ha desarrollado el campo y de cuyas determinaciones generales no puede abstraerse¹⁰.

En atención al tiempo disponible de ahí, como esquema, un planteamiento que sigue orientando mis análisis, y al menos en parte, la parte que puede formularse y discutirse racionalmente, también mis intervenciones cotidianas como académico mexicano de la comunicación. Personalmente, priorizo la atención a las condiciones de la tercera dimensión, la de la crisis institucional de nuestro sistema de educación superior, pero no por ello postergo la consideración de las otras dos: la dependencia estructural creciente de nuestro país y las desigualdades e injusticias internas que exacerba, y la inconsistencia disciplinaria, que es más que un problema “epistemológico” de nuestra institucionalización académica. Propongo entonces, por ahora, tres referencias concretas de esos contextos pertinentes para *historizar* el futuro de la AMIC. Y aclaro: empleo el término “historizar” en el sentido propuesto por Immanuel Wallerstein, para quien la ciencia social

debe estar basada en el supuesto epistemológico de que todas las descripciones útiles de la realidad social son necesariamente al mismo tiempo ‘históricas’ (esto es,

10

Raúl Fuentes Navarro, *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/UdeG, 1998, pp.30-31.

que toman en cuenta no solo la especificidad de una situación sino los continuos e interminables cambios tanto en las estructuras bajo estudio como en las estructuras de sus entornos) y 'científico-sociales' (es decir, que buscan explicaciones estructurales de la *larga duración*, explicaciones que, sin embargo, ni son ni pueden ser eternas). En síntesis, los procesos deben estar en el centro de la metodología¹¹.

Lejos, pues, de explicaciones fijas e inexorables, y del inmediatismo de respuestas deterministas como las que nos receta el pensamiento único, podemos discutir las opciones disponibles para la realización de nuestros proyectos académicos, entendidos como procesos específica y muy concretamente situados.

Me preocupa especialmente la *desarticulación múltiple* y creciente de nuestro campo, en el que, por ejemplo, el notable crecimiento del número de investigadores de la comunicación reconocidos por el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), tiene muy escasa vinculación con el desmesurado crecimiento de la oferta nacional de licenciaturas en comunicación y el subdesarrollo evidente de nuestros posgrados. Hay cerca de ciento cincuenta investigadores nacionales entre nosotros, con doctorado, adscripción, publicaciones y tesis dirigidas, cuando hace veinte años había siete, pero apenas la mitad de los actuales se incorporó a la investigación en esos mismos veinte años: los demás ya estábamos en el campo en 1989, y ajustamos nuestro perfil individual para ingresar al Sistema. Aunque hay un balance casi perfecto entre hombres y mujeres, el promedio de edad de los investigadores de la comunicación en el SNI es de 46 años y medio, demasiado alto, a mi juicio, como avance hacia el futuro. Es cierto que hay varios muy brillantes miembros de nuestro gremio que aún no cumplen cuarenta años, pero quizá en 1979 éramos más los que teníamos esa edad y construimos este futuro.

11 Immanuel Wallerstein: "From Sociology to Historical Social Science: prospects and obstacles", *British Journal of Sociology* Vol. 51 No. 1 (January-March 2000), pp.25-35.

Desde la perspectiva de los programas, hemos logrado que cinco de las más de cuarenta maestrías en comunicación que hay en el país sean acreditadas por su calidad en el Padrón Nacional de Posgrados, pero en conjunto esos cinco programas atienden a menos de mil estudiantes, cuando hay 75 mil en las licenciaturas. Y en el nivel de doctorado, en el que se forman los nuevos investigadores, sólo tenemos participación explícita, como "comunicación", en seis programas acreditados: en Ciencias Políticas, Ciencias Sociales, Educación o Humanidades, con unos cuantos egresados por año. También me parece muy digno de análisis que en la última década haya tantos nuevos doctores en nuestro campo que obtuvieron su grado en México como en otros países: ya no solo en Estados Unidos, Inglaterra o Francia como antes, sino en España o en Cuba, países donde el nivel académico en nuestra área no es necesariamente más alto que en México.

Pero entre los indicadores de la institucionalización de nuestro campo en México hay uno más que no puedo dejar de mencionar, en la misma perspectiva de futuro: en 32 instituciones públicas de todo el país, hay actualmente 127 "cuerpos académicos" que de alguna manera cultivan "líneas de generación y aplicación del conocimiento" relacionadas con la comunicación. Según la clasificación del Programa para el Mejoramiento del Profesorado (PROMEP), que condiciona el otorgamiento de apoyos oficiales al nivel "de consolidación" alcanzado, de estos 127 cuerpos académicos sólo 11 están "consolidados" y 19 "en consolidación"; los 97 restantes están apenas "en formación". Aunque la información disponible no permite ser muy optimistas con respecto a la productividad académica y social de estas figuras organizacionales, sería sin duda deseable que se ampliara, por ésta o cualquiera otra

vía, el número de instituciones de donde surge la mayor parte de la producción académica del campo desde hace más de dos décadas: la UNAM, la U de G, la UAM, el ITESO, la Iberoamericana y el Tec de Monterrey, no por casualidad las mismas universidades donde están los posgrados acreditados y la mayor parte de los investigadores de la comunicación miembros del SNI.

No veo, entonces, suficientes manifestaciones estructurales de consolidación institucional de nuestro campo académico, en relación con las intenciones declaradas hace treinta años y, especialmente, en relación con la impresionante serie de transformaciones que han evidenciado nuestros referentes, mucho más allá de “los medios” pero sin duda incluyéndolos. El desarrollo de nuestras capacidades, indudable, es lamentablemente incapaz de alcanzar siquiera una parte de los desafíos que asumimos: en estos treinta años la “comunicación” y los problemas de toda índole que están asociados con ella, no sólo como temas de referencia sino como procesos sociohistóricos fundamentales, se han vuelto, por decirlo tímidamente, prioritarios, pero en un sentido que no corresponde del todo al de nuestras ambiciones y capacidades. Puede decirse que nuestros objetos de estudio se nos han revertido, y que las *configuraciones* hegemónicas de la comunicación contemporánea nos han alejado más, a todos, incluyendo a los académicos de la comunicación, de una comprensión reflexiva, de un horizonte temporal suficientemente amplio, y nos mantienen atentos a un inmediatez superficial que es patente en la mayor parte de las escuelas de comunicación. Es indispensable, me parece, hacer un esfuerzo extraordinario por recuperar el sentido de futuro del estudio de la comunicación, por historizarlo, porque

Las mediaciones históricas, tecnológicas, sociopolíticas, culturales, económicas... que determinan a los “medios” y sus audiencias, que adelgazan

la densidad del mundo de la vida y aceleran el ritmo de las transformaciones superficiales para ocultar la permanencia de las estructuras fundamentales (en las esferas públicas y privadas), que nos demandan una atención total a un presente efímero y hacen de la “conciencia histórica” cada vez más una hazaña o una impertinencia, al mismo tiempo que nos privan del impulso utópico hacia “adelante”, nos limitan el reconocimiento de lo que queda “atrás”¹².

Me disculpo si resulta exagerado este planteamiento. Pero por razones de tiempo de exposición y de énfasis retórico no lo abordo ahora con los matices necesarios. Lo que sí quiero declarar y reiterar es mi optimismo al respecto. Reconocer las condiciones que nos han impuesto la cada vez más crítica situación del sistema educativo en el que trabajamos, la dependencia estructural creciente de nuestro Estado-nación, y la concentración de poderes en torno a una comunicación cada vez más instrumentalizada, me parece un deber profesional, gremial, ineludible. Y avanzo, muy brevemente, como parte final de esta presentación, a un análisis de la publicación más reciente de la AMIC en función del futuro de la investigación de la comunicación en México.

Contra la amenaza de la fragmentación

Probablemente el rasgo más preocupante que emerge de las revisiones de la producción de la investigación académica de la comunicación en México (al igual que en otros países) es su clara tendencia a la *fragmentación*, que no a la especialización. La diferencia es importante: la producción científica, en cualquier área, tiende a especializarse, a subdividirse, a ramificarse, para poder mantener en límites razonables el rango de fenómenos a estudiar,

12

Raúl Fuentes Navarro, “Nueve tópicos para reflexionar en plural sobre la carrera del futuro”, en *Códigos Tercera Época* No. 1, Puebla: UDLA, otoño de 2008, pp.25-33.

es decir, para que los especialistas puedan conocer *a fondo* su campo de estudio y participar en su desarrollo tomando decisiones individuales, locales e internacionales articuladas unas con otras, tendientes a ser decisiones *colegiadas*. Cuando esta articulación se pierde, la subdivisión se convierte en fragmentación, en alejamiento progresivo de unas especialidades con respecto a las otras, en aislamiento. La investigación de la comunicación, precaria como es, tiende más a fragmentarse que a especializarse en todo el mundo, debido quizá sobre todo a su debilidad teórico-metodológica de base, y a la proliferación de manifestaciones multidimensionales y estratégicas de sus objetos de estudio.

Cada “segmento” de investigación tiende a adoptar sus propias convenciones, sus propios consensos sobre “qué es” su objeto y cómo conviene investigarlo, es decir, a qué factores académicos y extra-académicos es necesario articular la práctica científica, independientemente de su fundamentación más amplia. Ante un conjunto de referentes a los que se les puede llamar “comunicación”, que crece, se expande y cambia a una altísima velocidad, el sentido de urgencia prevalece sobre la capacidad reflexiva y la investigación, desde sus bases, se dispersa y diversifica, más que fortalecerse.

Los productos de la investigación, y muy especialmente los que corresponden a los procesos de formación de investigadores (las tesis de posgrado), mantienen algunas referencias generales comunes, pero constituyen sus propios “modelos”, cada vez menos articulados entre sí. No es sorprendente que los “textos” comunes, de amplio espectro en cuanto a su presencia en diversos tipos de proyectos, incluyan cada vez menos aportes específicos a la teoría de la comunicación, y más, en general, a la sociedad o la cultura contemporáneas.

Creo que sería muy conveniente para los fines de nuestro proyecto académico aprovechar, estudiándolos a fondo, dos productos editoriales aparecidos en los meses más recientes. Por una parte, la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación*¹³ que, con el profesor alemán Wolfgang Donsbach como editor principal, y la colaboración de más de mil académicos de más de 70 países, organiza su contenido en doce volúmenes alrededor de 29 “áreas editoriales” o “sub-campos” del estudio de la comunicación. Me parece una respuesta colectiva sorprendente, excepcional, y muy oportuna, a las denuncias y debates internacionales de los últimos veinticinco años sobre la fragmentación de nuestro campo.

En ese mismo sentido, aprecio enormemente nuestro libro, coordinado por Aimée Vega y trabajado por 32 miembros de la AMIC, titulado *La Comunicación en México. Una agenda de investigación*, un esfuerzo colectivo que avanza en la misma dirección, como producto de la organización de grupos de investigación que, por cierto, me parece la acción estratégica más afortunada de la AMIC en los últimos años, por su proyección futura. Como señala la propia coordinadora en la introducción del libro, al subrayar el doble objetivo de “construir comunidad” y de “determinar los saldos y las deudas pendientes de la investigación con la agenda social y política”, los 16 capítulos del libro no son, ni cada uno ni el conjunto, “un trabajo terminado, sino en proceso”, en términos de reconocimiento diagnóstico y base de una perspectiva compartida.

Es inevitable, al revisar con detenimiento la obra, reconocer la dispersión de conceptos y de métodos y la disparidad analítica que caracterizan tanto a nuestra investigación como a nuestra meta-

13

Wolfgang Donsbach (editor), *The International Encyclopedia of Communication*, New York: Blackwell, 2008 (12 vols.).

investigación, pero también la convergencia de propósitos y el afán de construcción y validación de categorías que permitan extender y profundizar, para consolidar colectivamente, un *estado del conocimiento* históricamente situado, sobre la comunicación en México. No concibo un fundamento mejor para la realización continua y permanente, institucional, de los propósitos de la AMIC y celebro ser parte de ese proceso.

Como parte de mi trabajo cotidiano de investigación sobre los procesos de institucionalización de la investigación de la comunicación, estoy emprendiendo un análisis comparativo actualizado de la producción mexicana con las de otros países latinoamericanos, sobre todo Brasil, y las articulaciones que subyacen históricamente así como las que podrían potenciarse, entre éstas y las tendencias “internacionales”, es decir, de la producción que circula sobre todo en inglés, o las que pudieran llamarse globales. Para ello, espero pronto poner en discusión los resultados de un análisis centrado en las categorías “temáticas” o las grandes subdivisiones del campo, representadas, por ejemplo, en el libro de la AMIC y la Enciclopedia de Donsbach.

Y en función de ese análisis, no puedo dejar de lamentar que las bases bibliográficas de nuestro texto no sigan algún formato normalizado de referencias, lo cual evidentemente contribuye a la fragmentación; que no todos los colegas hayan utilizado plenamente a *CC-DOC* (Centro de Documentación en Ciencias de la Comunicación, ITESO) como el recurso documental académico que explica su construcción y mantenimiento como un sitio de acceso abierto sobre nuestro campo; y que en la edición del libro se haya optado por un formato muy poco flexible, a pesar de su soporte digital, para publicar las bases bibliográficas.

Pero con estas puntuales críticas no demerito en absoluto el enorme y trascendente valor de la obra, que pone al día lo que otros esfuerzos similares habían adelantado en años anteriores. Al contrario, decidí terminar mi intervención de hoy, que se ha alargado ya demasiado, refiriéndome a nuestro libro como uno de los indicios más representativos y alentadores del sentido de futuro de la AMIC, un sentido permanentemente en proceso, comprometido con la construcción de una comunidad académica a su vez profundamente comprometida con su entorno sociohistórico.